

los enemigos de la Iglesia aquellos que en su vida se habían manifestado siempre como tales.

Especialmente reseñable fue, también, la intervención de Pildain en el Concilio. Anciano ya, se batió denodadamente en defensa de las tesis tradicionales sobre la libertad religiosa aunque también tuvo señaladas intervenciones en las que vibraba su profundo sentido social. Como cuando postula la desaparición de la acepción de personas o clases sociales en las ceremonias religiosas o que existan distintas clases de las mismas según el estipendio. Porque, «¿por ventura no se escogió Dios a los pobres del mundo?». O como cuando solicitaba que al igual que se pide en la misa por los reyes y autoridades se haga también por los pobres.

Sería interminable continuar hablando de Pildain. Remito al lector que quiera conocer mejor a este gran obispo a la excelente obra de Agustín Chil Estévez. Allí no solo encontrará datos históricos sino también ideas que le harán pensar sobre la Iglesia. Sobre lo que debe ser la Iglesia. Y sobre lo que debe ser un obispo.

Y no puedo cerrar este comentario sin recordar a un queridísimo amigo, tan vinculado a *Verbo* y a *La Ciudad Católica*, Gabriel de Armas, tantas veces citado en el libro de Chil Estévez y prematuramente llamado por Dios. Aquel gran admirador del obispo Pildain hubiera gozado sobremanera con esta lectura. Desde el cielo habrán leído juntos el libro, don Antonio y él.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

***Eudald Forment: DIOS Y EL HOMBRE* (*)**

Esta pequeña obra consta de tres capítulos bien diferenciados por su estilo y finalidad.

En un primer capítulo hace el autor una sintética exposición del lugar que al hombre corresponde en la creación, conforme a la doctrina de Santo Tomás. Esta doctrina aúna lo que ya sabían los filósofos paganos, que el hombre es superior a todas las otras criaturas de este mundo por su inteligencia y libre albedrío, con algo de inspiración cristiana, que el hombre es persona. Y el hombre es persona porque está hecho a imagen y semejanza de Dios, lo cual engloba no solo las notas ya mencionadas de ser inteligente y libre, sino ante toda la característica

(*) Editorial Casals, Barcelona, 1987.

de ser capaz de Dios. Pues el hombre es la única criatura de este mundo material que puede, conociéndole y amándole, llegar a gozar de Dios. Por ello es la única criatura digna del amor de amistad, al paso que todas las otras solo pueden ser amadas según la concupiscencia.

Pero, «no basta —dice Forment— con esta tensión o anhelo de Dios, es necesario encontrarlo». La perfección del hombre no reside solo en las capacidades o potencias inalienables que posee, sino en su actualización. No basta con la dignidad ontológica, hace falta que añada, con su esfuerzo, la dignidad moral.

Y a cuento de esto vienen las otras dos partes de este libro. Pero como aquí ya no se trata de manifestar qué es el hombre y cómo está relacionado con Dios, sino de movernos a tomar la senda que a El nos conduce, Forment cambia completamente el tono. Si antes hizo uso de la ordenada exposición didáctica, adecuada para la teoría, aquí recurre al método poético de ofrecernos la narración de dos vidas, que por vía del ejemplo, son más útiles para mover el ánimo que cientos de páginas doctrinales.

El primero de dichos ejemplos, que ocupa el segundo capítulo, nos cuenta cómo la filosofía subjetivista de los tiempos modernos dejó con la sola ansia de Dios a Unamuno, sin permitir que lo alcanzara. Pues, por un lado, él tenía una fortísima inclinación sentimental hacia Dios, pero, por otro, la razón abortó esta inclinación y le apartó de El. Y, así, la capacidad de Dios no abocó, en este caso, al descanso en Dios del creyente, sino que se instaló definitivamente en la desasosegada lucha, en la agonía, entre el sentimiento religioso y la razón.

Por fin, en la tercera parte, se narra la conocida, aunque siempre conmovedora, conversión de San Agustín. Esta vida aparece aquí como contrapunto de la abortada tendencia unamuniana hacia Dios. Agonías terribles sufrió, sin duda, San Agustín antes de dar el último paso y abrazar la fe cristiana con todas sus consecuencias. Pero esta agonía desembocó en la quietud y sosiego de la fe, pues, dice San Agustín, «como si se hubiera infiltrado en mí una luz de seguridad se disiparon todas las tinieblas de mis dudas».

Breve y claro es este libro de Forment, y, por ello, creo que alcanzará, en beneficio de muchos, su propósito teórico de recordarnos la relación que tiene el hombre con Dios y con el resto de la creación, y su propósito práctico de inclinarnos a reconocer en Dios la culminación de todas nuestras aspiraciones.

JOSÉ MIGUEL GAMBRA.